

LAS
HERMANAS FLAMMARI

POR

MATEO MAGARIÑOS SOLSONA

CON UN PRÓLOGO

DE

SAMUEL BLIXÉN

2.946.



Librería Nacional DE A. BARREIRO Y RAMOS
Tip. Lit. ORIENTAL DE LUIS PEÑA, C.° 33 N.° 112
25 de Mayo esquina Cámaras Talleres en la Playa Ramírez

— 1893 —

18975 14. 1223. 114

PRÓLOGO

Suene por los ámbitos de la vasta arena literaria, el regocijado toque de los clarines; den al aire las banderas y flámulas la alegre ondulación de sus variados colores, y pregonen los heraldos el nombre del novel campeón, que entra á la palestra de la publicidad, con ánimo sereno y pecho esforzado, como corresponde á todo noble mantenedor de causas justas y hermosas. Quiere mi buena suerte, que sea yo en esta ocasión algo así como un rey de armas, encargado de decir en alta voz cuáles son las condiciones y los antecedentes del osado paladín, cuáles sus pasadas

hazañas, cuál el simbolismo de la divisa que ostenta en su brillante escudo, y cuál, por fin, el significado de los vivos matices de su penacho. Por eso, válido de mis pobres conocimientos en heráldica literaria, puedo proclamar bien alto que el autor de **Las Hermanas Hammari** es de abolengo esclarecido en el reino de las bellas letras; que corre por sus venas la sangre azul de muy ilustres escritores; que ha probado muchas veces su noble esfuerzo en artículos de crítica y de costumbres; que ha recibido ya el espaldarazo necesario para figurar en la andante caballería del arte; y que ha velado sus armas, durante largas noches de insomnio, haciendo el prolijo estudio de las obras clásicas y de los autores célebres.

Este libro es, ante todo, una revelación; la agradable revelación de un talento joven, robusto, original, que reclama, en nuestra incipiente literatura, el puesto honroso debido á los méritos que

exhibe y las cualidades que revela. Es por otra parte, un libro simpático, por su juventud, por su vigor, por la ardiente savia primaverales que parece circular por cada uno de sus párrafos, y el cálido soplo de humorismo que agita y mueve muchas de sus páginas. Solamente un escritor de veinticinco años puede mirar las dolorosas miserias de la baja vida, con la suficiente despreocupación para sorprender en la realidad de las cosas humanas, lo mucho ridículo de sus pequeños tormentos, y lo mucho cómico de sus infinitas angustias. Más de un pasaje de **Las Hermanas Hammari** haría estremecer de horror, si quien ha escrito la novela no hubiera tenido la suprema habilidad de provocar á tiempo una sonrisa del lector y á veces una franca carcajada. El evidente pesimismo de la obra, aparece amortiguado por la jovialidad del estilo, que pasa sucesivamente por los matices de la burla, del sarcasmo y de la ironía. En

eso no hace sino copiar las antitesis de la misma vida, tan amable, tan halagadora, tan sonriente en su superficie y muchas veces tan desoladora y tan amarga en el fondo. Es que, en realidad, no existe manera más eficaz de pintar el dolor y la miseria, que hacerlo con los colores de lo grotesco y ridículo, buscando el mayor efecto por medio de habilísimo contraste. Nada impresiona tanto como los Enanos de Velázquez; como los Mendigos ó los Locos de Goya; y como esa Danza Macabra tan en voga durante la edad media, en que la Muerte parece más fúnebre porque sonríe, y los esqueletos más horribles y repugnantes, porque mueven alegremente sus tibias y sus biceps al compás de músicas, de cascabeles, de pífanos y de tambores.

Sin embargo, la crueldad de este libro no es premeditada. Casi me atrevería á afirmar que es inconsciente. Nos muerde, nos atenaza, nos martiriza á ratos, pero lo hace riendo á carcajadas, en medio de ju-

veniles explosiones de legítimo buen humor, con una jovialidad inagotable. Ya verán Vds. cómo les causan gracia la afección al ligado de ese Juan que pasa por la obra escupiendo bilis en los rincones, y la eclampsia de Elvira, y la enorme obesidad de misia Adela, y todas las pequeñas miserias que los personajes del libro arrastran como un grillete remachado al pié. Pero la risa se desvanece con el detalle que la provoca, y cuando cierran Vds. el libro, se encontrarán con que su lectura les ha dejado en el alma un precipitado amargo. ¿Qué remedio? Es un libro copiado de la vida, y la vida muchas veces no es tan correcta, agradable ó simpática como deseáramos que fuera; y queda reducida á la «dolorosa bufonada» de que nos habla Chateaubriand. ¿Hace bien ó mal el autor que copia la vida en uno de esos malos momentos? Formular esta pregunta es entrar de lleno á la cuestión fundamental de la estética literaria, al problema eterna-

mente debatido y nunca resuelto de si es mejor el realismo que el idealismo ó vice versa. Por mi parte, creo que el fotógrafo que vá á sacar el retrato de un niño, hará bien en aprovechar el instante en que sonríe; pero eso no quiere decir que el retrato de un niño que llora sea malo ó antiestético. El arte es tan vasto en sus horizontes, tan grande en sus proyecciones, que puede dar cabida á todo: al bien y al mal, á lo hermoso y á lo horrible, á la castidad y á la licencia; y en una palabra, á las ideas más encontradas y diversas. El arte es un inmenso campo neutral, esencialmente democrático, en el cual se encuentran niveladas las ideas más opuestas, y reducidas á su valor puramente estético. El bello Adonis no vale más para el Arte que el horroroso Cuasimodo, ni la casta Juana de Arco mas que el lascivo Sileno, ni el mártir San Sebastián más que el pícaro Mefistófeles. El arte es como la vida: un conjunto, una complejidad, una combinación de tenden-

cias, esfuerzos, ideas, sentimientos, sensaciones; todo,—vuelvo á repetirlo—cabe en él, porque 'es universal como la misma naturaleza. En él se combinan el Idealismo y el Realismo, « como en la marmórea fachada de la catedral de Milán, se combinan las dulces imágenes de los santos con las horrendas figuras de las gorgonas y de las gárgolas, » y como, según el autor de la Leyenda de las Siglas, ha querido el mismo Dios que se combinen eternamente, puesto que encomendó la construcción de su santuario á dos escultores: Ollab y Belisèel, porque

L'un sculptait l'Idéal et l'autre le Réel

Este libro es hermoso, por una sola y exclusiva razón: por que ha tratado de ser una reproducción de la vida. La vida — con perdón sea dicho de los preceptistas á lo Blaire, y de los que aprenden estética con Campillo y con Coll y Veki — es hoy por hoy el principio de toda Belleza. Y digo, hoy por hoy, porque la belleza,

como mujer que es, ha sido siempre caprichosa y versátil en sus afecciones: ha estado enamorada del Orden, de la Simetría, de la Bondad, de la Verdad, y ha concluido por enamorarse de la Vida. ¿Sabemos acaso cuál será su capricho de mañana? Pero por el momento, la consigna, la palabra de orden en el arte contemporáneo, es: Sinceridad! Sinceridad!! Nada de hipocresías, nada de reticencias, nada de melindres. Una gran novelista moderna, *Forge Elliot*, ha dado el alcance de esa tendencia, en estas palabras: «Solo aspiro á representar fielmente los hombres y las cosas reflejadas en mi espíritu, y me creo obligada á mostrar ese reflejo con tanta sinceridad, como si me encontrara sobre el banco de los testigos, declarando bajo juramento.» Pero el arte no consiste solo en copiar la naturaleza; consiste, principalmente, en saberla interpretar, en encontrar la poesía de las cosas menos poéticas y aparentemente gastadas, en renovar la

frescura de las sensaciones marchitas, en sorprender y revelar, no solo la imagen de las cosas, sino también su espíritu. Es gran artista aquel que sabe apereibir la novedad en el trivialismo de las cosas vulgares, y que no contentándose con mirar, sabe ver el significado de los detalles que para otros pasan desapercibidos. No hay que olvidar que nada es pequeño en la vida humana, y que hasta el detalle ínfimo, es muchas veces un microcosmos. Un poeta lo ha dicho: «la rubia alondra bebe un mundo en cada gota de rocío» Apereibir esos mundos invisibles para el vulgo; sorprenderse ingenuamente ante los detalles de la vida; cavar la superficie de los hechos para dar con el venero de interés que encierran; recomenzar, en cierto modo la existencia, para comprenderla mejor; interpretar el balbuceo oculto de las cosas, para poder decir á la naturaleza: «Esto es lo que pretendías y no podías expresar!» — todo ello, reunido, constituye

la difícil tarea del pintor, del escultor, del escritor, y en una palabra, del artista. « El poeta—ha dicho Goethe, dando á la palabra poeta el más amplio significado— se revela precisamente por la Realidad, cuando sabe apereibir en un asunto vulgar un lado interesante. »

Hay en **Las Hermanas Flammar** muchas de esas revelaciones felices, muchas emociones nuevas y mucha originalidad de sensación, para que pueda dudar ni un solo instante del porvenir que espera al libro. Además, está escrito en un estilo fácil, suelto, agradable, con un sabor americano muy pronunciado. Es el estilo que cuadra mejor al asunto, porque hasta ridículo parecería que una novela que se desarrolla en Montevideo, de la calle de Ejido para afuera, se hallara escrita en forma escrupulosamente correcta y castisa. Los temas nacionales, para tener colorido y sabor de verdad, necesitan del realce que les dá nuestra pintoresca y peculiar fraseología,

contra la cual desatará sin duda sus cueros la Academia que «fija, limpia y dá esplendor,» sin que por eso deje aquella de ser rica en imágenes, en locuciones felices, y en palabras de singular belleza. Lo que para algunos será un defecto, se me antoja, por el contrario, un verdadero mérito, pues creo que debe escribirse una narración, con el lenguaje y la naturalidad que empleamos generalmente para hablar. ¿Qué se podrá alegar, entonces, contra este primer libro de Magariños Solsona? ¿Qué no se parece en nada al catecismo del Padre Astete? A eso podrá contestar que no lo ha escrito para seminaristas. ¿Qué sus personajes usan á veces de procederes no del todo limpios y que sienten tendencias irresistibles á hociocar en la porqueria y en el vicio? El autor no tiene la culpa, de que,—como dijo un poeta-filósofo,—«il y ait toujours dans l'homme un cochon qui sommeille.» ¿Qué el fondo moral de la obra es puro lodo y que nunca podrá ser

el lodo elemento de arte? Según y conforme, contestaré—«comprando la parada», como dicen nuestros muchachos.— Todo depende de la habilidad del artista. El célebre Goya pintó sobre el lienzo de una pared recién blanqueada, en medio de la ardiente refriega del dos de Mayo, la patética escena del fusilamiento de unos soldados, . . . y ¿con qué? . . . ¡con barro y con estiércol, que recogía en medio del arroyo! ¿No es acaso simbólica la anécdota? ¿No significa por ventura que al pasar por el crisol del talento, lo más bajo, lo más repelente, lo más inmundo, se ennoblece, se regenera y se purifica?

Samuel Blicsein